

“*Vuestro Padre Sabe...*”

Los Gentiles pasaban mucho de sus esfuerzos en la oración, intentando lograr la atención de sus deidades desatentas. También sintieron la necesidad de informar a sus dioses ocupados de asuntos que de otra manera podrían pasar desapercibidos o desconocidos. Tales preocupaciones nunca debieron ser una carga para las oraciones de los Cristianos porque, como Jesús lo dice, **“vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”** (Mat.6:8). El Dios verdadero no es ni ignorante de las necesidades de Sus hijos (de manera que debamos informárselas) ni está poco dispuesto a proveérselas (de manera que tengamos que persuadirlo). Él no únicamente sabe nuestras necesidades en forma absoluta e íntima, sino está profundamente preocupado en suplirlas (2 Cor.9:8; 1 Ped.5:6-7; Efe.3:20). A través de esta amonestación, el Señor buscar remover de los corazones de Sus discípulos ese espíritu de pavor, temor e incertidumbre que tanto gobernó las oraciones de los paganos. Los ciudadanos del reino tiene un *Padre* a quien ellos pueden siempre acercarse con denuedo y plana confianza (Heb.4:16; 10:19-22).

Al dar confianza a Sus discípulos de la cercanía y accesibilidad del Padre, Jesús no tiene la intención de plantear preguntas sobre la necesidad de orar. Por el contrario, Él quiere hacer nuestras vidas más piadosas. La oración es vista como una parte vital en la vida en el reino. La vida de nuestro propio Salvador estuvo llena oraciones fervientes con Su Padre, y en este sermón, Él no únicamente asume que Sus discípulos orarán, sino deja claro las cosas por las que no debieran buscarse y pedirse en el Reino de Dios, porque no serán encontradas (Mat.7:7-8).

Sin embargo, las mentes consientes se hacen algunas veces preguntas. Si Dios conoce lo que necesitamos y quiere concederlas, ¿Por qué simplemente no nos las provee sin pedírselas? ¿No vuelve a esto el mandamiento de orar más bien como algo arbitrario y correr el riesgo de dejar la impresión que Dios sólo disfruta humillarnos por nuestras necesidades? Una de las verdades sobre la naturaleza de Dios que ilumina a través de todas las Escrituras es que Él nunca es arbitrario o caprichoso en lo que Él ordena a los hombres hacer (1 Jn.5:3). Cada mandamiento tiene un propósito; “para que te vaya bien” y “tengas prosperidad” (Deut.6:24; 10:12-13). Puede haber mucho sobre el propósito y operación de la oración que no entendemos completamente, y tiene que recibirse por la fe. (Lo confieso libremente por mi parte) pero hay suficiente luz que brilla en la Palabra de Dios para ayudarnos a ver que hay algunas cosas que nuestro Padre no puede darnos a menos que las pidamos a Él.

La oración es vista en las Escrituras como una función de fe y expresión del corazón (Mat.21:23; Rom.10:1). En nuestras peticiones como también en nuestra alabanza doblamos felizmente nuestras voluntades a Su Ser y le declaramos que lo que Él quiere para nosotros, es lo que queremos para nosotros mismos. Dios puede ciertamente

conocer lo que necesitamos y estar dispuesto a dárnoslo pero no es capaz de hacerlo debido a nuestra falta de una fe resuelta (Stg.1:5-8). Esto es ciertamente verdadero de muchos de los preciosos tesoros del reino, las cosas que verdadera y finalmente necesitamos –como el amor, el gozo, la piedad, la santidad, la bondad –todas estas marcas de la naturaleza divina muestran que somos seres siendo confrontados a la imagen de Su Hijo (Rom.8:29). Es verdad que existen necesidades físicas tales como la comida y el abrigo que Dios pudiera proveernos sin necesidad de nuestras peticiones o gratitudes (Mat.5:45; Hech.14:16-17), pero Él parece planear aun aquí aumentar nuestra confianza dispuesta en Él (Compare Mat.6:11 con Deut.8:2-3). Quizás Él ha tratado así con nosotros en asuntos menores debido Él sabe que nuestras necesidades duraderas no nos pueden ser concedidas sin la entrega resuelta de nuestras propias mentes. La oración es en su esencia la apertura del corazón de uno hacia Dios, invitándole a Él a actuar redentivamente en nuestras vidas. En el esquema divino de las cosas, Él no puede obligar, sino únicamente mover dentro de nuestras personalidades para que le concedamos la libertad para hacerlo de esta manera. Dios en Su poder puede conocer los pensamientos más íntimos de cada persona, buenos a malos, ya sea que ellos sean cometidos o no (Heb.4:13; 1 Cor.4:5), pero la limpieza y reorientación de esos pensamientos no es posible hasta que su propietario desee ardientemente que su corazón sea escudriñado para remover todo camino malo (Sal.139:23-24).

Para los impíos es una fuente horrorosa darse cuenta que Dios conoce los secretos de su corazón, pero para el alma sincera, confiada y rendida a semejante fuente de verdad es una fuente de inexpresable consuelo. La idea que Dios toma en cuenta lo suficiente de lo que hacemos o pensamos es a la vez humillante y consolador. Y Uno como Él quien ha cuidadosa y amorosamente marcado nuestro camino (Sal.139:1) y tan perfectamente conoce nuestras necesidades cuando abrimos nuestros corazones en una fe completa: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal.139:23-24). Es esta clase de actitud en la oración que mueve la mano de Dios al permitirle a Él la libertad para realizar en nuestras vidas lo que Él siempre ha querido hacer y concedernos lo que Él siempre quiso darnos.

Pero si el espíritu de fe en nuestras oraciones permite a Dios el concedernos lo que Él quiere dar, Él no está limitado por el contenido de nuestras oraciones. A menudo ignoramos como debiéramos orar (Rom.8:26-28) y en nuestra ignorancia pedimos por circunstancias que no obrarían para nuestro bien. Nuestro amoroso Padre nos concederá el pan aun cuando en nuestra inocencia le pidamos una piedra (Mat.7:9-11), y esto es verdad porque Él “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efe.3:20). Que bendición es orar a un Dios como este.